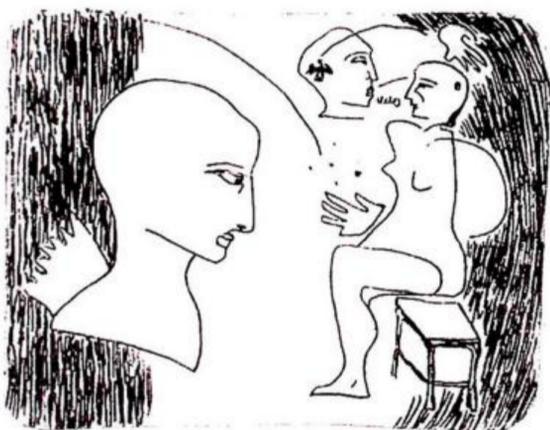


y comprender al otro. En el caso u'wa, es nuestro deber escuchar con atención su mitopoiesis y su sabiduría ancestral.

La crisis colombiana, a pesar del dolor que nos produce, es fuente de creación de nuestros artistas: pintores, fotógrafos, escultores, dibujantes, poetas, novelistas, entre otros. Esto es lo que nos quiere decir Rubén Sierra Mejía con su trabajo "Arte y testimonio". El filósofo caldense manifiesta la manera como la violencia "se ha entronizado en la vida nacional", por lo menos en la segunda mitad del siglo XX. A la par de ese amargo proceso de la violencia, se ha venido desarrollando la historia del arte y la literatura en Colombia. Principalmente nos muestra ejemplos de las artes plásticas, la fotografía y la narrativa. Para completar su perspectiva estética, Sierra Mejía destaca que en Colombia no se ha sido ajeno a la influencia de la mentalidad moderna europea, principalmente de origen francés en las personalidades de Charles Baudelaire, en las letras, y Édouard Manet, en la pintura. Finalmente, y de manera implícita, el autor hace una exhortación a los artistas para poner de manifiesto aquello que nadie quiere ver, quizá por temor o por indiferencia.



El libro *La filosofía y la crisis colombiana* es una obra colectiva y, por ello, colmada de matices y variaciones. Un claro esfuerzo de la Sociedad Colombiana de Filosofía por pensar y reflexionar sobre la crisis que nos aqueja en cuanto país y nación que padece una extraña guerra. No obstante, es muy notable la formación académica de los colaboradores del libro, así como su profun-

da influencia europea. Esto lleva a ver la obra como un largo discurso de doctrinas filosóficas de origen norteamericano o europeo con una escasa contextualización en nuestra dura realidad colombiana. Pero se debe tener en cuenta que en su gran mayoría los autores de este libro son eminentes profesores de las grandes universidades del país, y a veces su carácter docente es notable e inseparable en su escritura. A pesar de ello, la obra es valiosa en cuanto es colectiva y muestra algunas posturas académicas frente a la realidad crítica que vivimos. También aporta un intento de aplicar horizontes filosóficos a la crisis nacional, difícil y caótica. Que sea el lector quien lance el próximo juicio sobre este libro de filosofía.

JHON ROZO MILA

Un llamado filosófico a la crítica

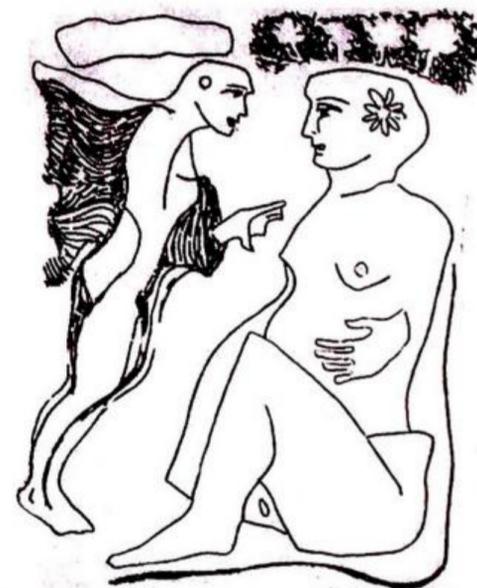
Ensayos impopulares

Rubén Sierra Mejía

Editorial Universidad de Caldas,
Manizales, 2002, 148 págs.

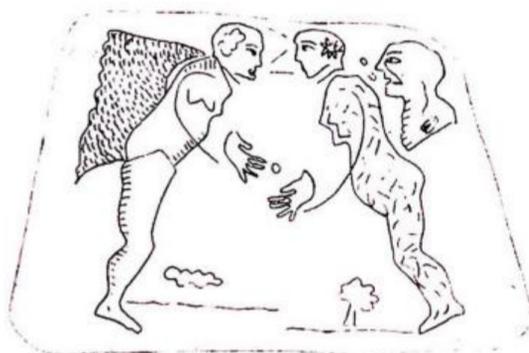
El trabajo filosófico en Colombia es cada día más valioso, aun cuando escaso y con pocas posibilidades de ser socializado. A pesar de ello, los filósofos se esfuerzan por realizar su actividad intelectual, bien sea creativa o investigativa, muchas veces parapetados en la academia. No obstante, Rubén Sierra Mejía (Salamina [Caldas] 1937) se ha marginado de esos cánones para exhortarnos a que hagamos público nuestro pensamiento y los productos de nuestra creatividad, asumiendo siempre una actitud crítica frente a la realidad y la cultura. Esta exhortación es la que nos hace el filósofo caldense en su libro *Ensayos impopulares*, que ha publicado la Universidad de Caldas en su colección Artes y Humanida-

des. Este libro manifiesta la actividad intelectual de su autor, cuyos textos expresan su actitud crítica ante diversos temas de la realidad nacional y mundial. Representa la vida de un escritor público que trata de acercarse a través del lenguaje informal a los amplios auditorios, para de esa manera ir abriendo espacios públicos al filósofo en la sociedad contemporánea.



La obra comentada consta de nueve ensayos escritos entre 1980 y 2001, por lo cual varios de ellos ya han sido publicados anteriormente en otros libros del mismo autor y en revistas culturales. Son textos que corresponden a ponencias, conferencias, intervenciones, presentaciones de libros y artículos de revista. Al ser recopilados y editados en forma de libro se convierten en un conjunto de ensayos que, en este caso, nos hacen un llamado filosófico a la crítica, sin menoscabo de nuestra imaginación y de nuestra propia búsqueda de sabiduría. Los nueve ensayos de Rubén Sierra Mejía tratan diversos temas: la cultura, la filosofía latinoamericana, el sentido de ser escritor, las humanidades, las publicaciones culturales periódicas, la investigación filosófica, la contraposición entre lenguaje común y lenguaje técnico, la importancia de hacer citas bibliográficas en la ensayística académica, y la poesía húngara. Esta variedad de asuntos que llaman la atención del filósofo caldense manifiesta la amplitud de su horizonte intelectual.

En el ensayo titulado "Consideraciones impopulares sobre la cultura", Sierra Mejía propone como condición necesaria para la praxis y el habla el que se realicen en el interior de "la propia situación cultural"; es decir, que se requiere cierto etnocentrismo, entendido de manera positiva, sin alardes de superioridad cultural. Con lo cual se establece la necesidad de la identidad cultural por parte de los individuos miembros de una sociedad; esto es, de una colectividad con una visión del mundo determinada, la cual algunos individuos bien podrían asumir desde una perspectiva crítica. Cada cultura es, pues, un proceso; su carácter es histórico y no metafísico. En el devenir cultural, cada sociedad tiene que interactuar y reconocer, dialogar y convivir con otras etnias, sin negar el derecho a la diferencia. No obstante, en ocasiones el nacionalismo cultural se establece como principio absoluto y se trata de imponer como cultura hegemónica; esto, por supuesto, con el apoyo de Estados totalitarios. Frente a esta realidad posible, el escritor caldense nos sugiere crear y mantener una "cultura abierta" que permita la influencia extranjera, la naturalización de otros esquemas, el mestizaje pluriétnico y la subjetivización de otras cosmovisiones: el diálogo intercultural de nuestra propia tradición con otras formas de ver el mundo, un diálogo que se abre a múltiples interlocutores.



Luego, en el ensayo "Lo propio y lo extraño: acerca de la filosofía latinoamericana", el escritor caldense se indaga acerca del programa latinoamericano de construir una filosofía propia. Descubre algunos problemas de fundamentación en ese

proyecto y, a la vez, propone que reconozcamos el hecho de pertenecer a la cultura occidental. Con ello la filosofía latinoamericana no sería otra cosa que reflejo de un mundo ya establecido en Occidente, y solamente haciendo un aporte sistemático lograríamos dejar esa condición de epígono. Detrás de esta visión está la concepción de la filosofía como creación griega que hemos heredado en América a través de Europa. Sin embargo, dice Sierra Mejía, ya estamos logrando la "mayoría de edad" (¿Kant?), porque nos estamos apropiando de los "grandes temas de filosofía"; es decir, nos estamos ilustrando. Por ello considera el filósofo colombiano un "despropósito" la búsqueda de nuestras raíces culturales en las etnias indígenas. Asumiendo un papel crítico, me extraña que no sea bien visto este tipo de trabajo con los amerindios que, por ejemplo, se viene realizando hace varios decenios en el seno mismo de la filosofía; es el caso de Fernando Urbina Rangel, que ha investigado con ahínco las cosmovisiones amerindias con el ánimo de hallar pensamiento indígena. Fruto de este trabajo filosófico es el colectivo que él dirige hoy día en la Universidad Nacional de Colombia: el Grupo de Estudios sobre Pensamiento Amerindio. Con su actitud etnocéntrica, Sierra Mejía desvirtúa un tanto su principio de "cultura abierta" propuesto en el ensayo anterior. Él anhela que Latinoamérica realice una construcción sistemática que se convierta en un magnánimo aporte al desarrollo de la filosofía occidental.

Ya en el ensayo "La responsabilidad social del escritor" se nos advierte que es el ejercicio de la crítica la función que debe cumplir el escritor público del tiempo presente. El autor nos rememora la doctrina del compromiso social y político por parte del intelectual, propuesta ésta que promulgó Jean-Paul Sartre. Son precisamente los grandes acontecimientos históricos, como las guerras internacionales, los que impulsan una posición de liderazgo moral para el escritor, convirtiéndose así en juez

del dogmatismo, siempre a favor de la crítica. Sólo por este camino el intelectual llega a la verdad, a esa liberación humana del yugo del engaño. Pero en el tiempo presente el escritor se halla ante varios obstáculos para ejercer su oficio de crítico y revelador de verdades: a veces tiene que guardar lealtad ideológica con los intereses de partido; le produce temor equivocarse al comunicar a la sociedad su crítica; otras veces es reprimido por el Estado totalitario, el cual acepta la cultura como elemento publicitario del régimen. Y en las democracias contemporáneas se encuentra el escritor con la mercantilización de la cultura y el predominio de intereses privados que buscan someterlo. Pero Sierra Mejía nos pone el ejemplo de Sócrates, quien padece muchos dolores por su independencia filosófica ante el establecimiento político de su tiempo.



El ensayo "Obstáculos a la investigación filosófica en Colombia", el texto más antiguo en su elaboración y su publicación (1980-1981), nos habla de las circunstancias poco favorables que rodean al filósofo colombiano para el desarrollo de su labor investigativa. Rubén Sierra Mejía observa tres géneros de obstáculos que se presentan al investigador de filosofía: el primer género es el de los obstáculos sociales, cuyo fundamento se halla en la visión que tiene la sociedad del intelectual, el cual es visto como un exiliado de la

colectividad, quizá debido a su postura crítica frente al sistema. En este primer género se encuentra la actitud provinciana que ve en la filosofía un elemento extraño a nuestra cultura y, por ende, nocivo para la tradición propia. Otro obstáculo social es la censura, en cuanto no hay medios apropiados para socializar el conocimiento filosófico y se opta por el silencio. El otro obstáculo social es la limitación del trabajo intelectual, porque el filósofo debe trabajar como profesor. El segundo género es de obstáculos institucionales y se refiere al ámbito universitario. Allí se encuentra el investigador filosófico con el obstáculo cientificista, pues las ciencias naturales imponen sus métodos. Luego está el obstáculo ideologista, que tiene que ver con nuestra cultura y su tendencia hispanista y católica. Asimismo, es un obstáculo institucional la situación profesoral, ya que el docente no es apoyado en sus programas de investigación sino que tiene que limitarse a un oficio repetitivo de profesar conocimientos. El tercer género se refiere a los obstáculos instrumentales; son ellos principalmente la carencia de bibliotecas, la carencia de información y la ausencia de crítica. Para superar tanta piedra en el camino, Sierra Mejía propone que el filósofo se mire a sí mismo no sólo como profesor, sino como intelectual que se aproxima al público, que amplía su influencia social.

Otro ensayo de interés es el titulado "Defensa del lenguaje común". Aquí el autor parte de varios ejemplos clásicos de filósofos que han usado del lenguaje de la comunicación cotidiana para difundir ampliamente sus teorías y sus propuestas intelectuales, como es el caso de Bertrand Russell y Henri Bergson. Con el uso del lenguaje común se pretende no hacer discriminación alguna con los posibles receptores de esas doctrinas. Sin embargo, esa utilización del habla cotidiana tiene sus limitaciones: puede ser vista como un lenguaje frívolo, superficial, en cuanto difunde lo básico de la teoría filosófica pero no lo más profundo. Asimismo, el lenguaje común es

ambiguo y produce malentendidos que distorsionan el sentido de un pensamiento. Pero la principal función del lenguaje común es hacer de una teoría científica o un pensamiento filosófico un patrimonio universal que se establezca en una cultura. Por su parte, el lenguaje técnico es necesario para la discusión y la crítica en el seno de cada comunidad de especialistas. En la filosofía esto es muy visible, porque ese saber genera sus propios modos de expresión, sus jergas que chocan con los hábitos lingüísticos de la gente del común. Es muy difícil que la filosofía logre universalidad de sus términos, univocidad de su léxico, como sí la tiene la ciencia. El lenguaje monolítico y repetitivo se torna escolástico y tedioso en la filosofía; por ello de su actitud crítica emergen nuevos lenguajes.



Éstos han sido, entonces, los temas más recurrentes del libro *Ensayos impopulares* de Rubén Sierra Mejía. Una obra que nos hace un llamado filosófico a la crítica, invitación ésta que nos impulsa a mirar con cuidado esta obra, aplicando cada uno su perspectiva crítica. El filósofo caldense, aún en su sabia vejez, continúa recalcando la falta de una crítica seria a nivel nacional, no solamente en lo que se refiere a la escasa producción filosófica en Colombia, sino también a las artes, las ciencias y la literatura. Quizá él se refiere a la construcción de una crítica que asuma la tarea de explorar los productos de la cultura, en su más am-

plio y universal sentido, para juzgarlos desde un horizonte intelectual bien fundamentado filosóficamente. Quizá este llamado sea para nosotros, miembros de una generación joven y a tiempo para hacer de la actitud crítica algo consustancial a nuestro ser.

JHON ROZO MILA

El poder está en punta del fusil (¿o el fusil está en la punta del poder?)

**El juego del poder:
historia, armas y votos**

Andrés Dávila Ladrón de Guevara
Ediciones Uniandes, Cerec, Bogotá,
1998, 243 págs.

El estudio de las fuerzas armadas en un país como Colombia, caracterizado por la violencia permanente en el último medio siglo y por la continuación de la guerra fría a nivel interno, aunque ésta haya terminado en el plano mundial, es indispensable para entender tanto el carácter antidemocrático del régimen político como el rol que han desempeñado —como obstáculo real al logro de una paz estable y duradera— esas fuerzas armadas en la vida nacional. No obstante la indudable importancia que las fuerzas armadas han tenido en el escenario nacional después de 1953, son pocos los estudios efectuados sobre ellas, la mayoría de los cuales padecen un evidente sesgo apologético y poco crítico, tal vez en virtud del mismo carácter que ha asumido el conflicto armado en nuestro país, en el que hasta la mayor parte de los investigadores se han convertido en portavoces de los "ciudadanos de bien" que deben apoyar "nuestras instituciones", y entre ellas las armadas, o porque incluso muchos de los investigadores expertos en te-